

Testimonio sobre el P. José Kentenich

(CEDRIC MOLLER, *chileno ingeniero civil, padre de 6 hijos*)

*"Y al escribir, Padre, pienso: ¿Por qué ese nombre?
¿Por qué no: ¿El profesor, el Técnico Espiritual, el Teólogo, el
Clarividente?
Todos títulos muy hermosos, pero a él se le reconoce por Padre.
Basta eso, Padre. Y pareciera confirmarlo la experiencia de tantos,
que al ponerse en contacto con él crecieron en vida y más aún,
nacieron a la vida.*

¿Cómo fue ese Padre para mí?

*Vida me sobraba, pero sin dirección. Fuerza en exceso... Pero
igual que a un torrente encajonado al cual a veces el sólo rugir
asusta, separa y espanta. No dan deseos de acercarse. Los
torbellinos no son la imagen de Dios.
No atraen. ¡No dan nada!
Y llegó él Padre.*

*Después de años de luchas, búsquedas y anhelos insatisfechos.
Varias veces lo necesité para que fuera transformándose esa
energía desatada en algo relativamente útil. Y Dios me lo dio. 20
años atrás, mientras esperaba en la Capilla, lo veía acercarse para
celebrar la Misa en la que yo le servía de acólito.*

*Era un hombre lejano y muy cercano, que venía de Dios y entraba
en el corazón. Aunque uno no quisiera o no entendiera cómo. Era
la paz, era la mirada de Dios que ve al hombre con criterios de
amor.*

Y me sonreía. ¡Y esa sonrisa era mía!

*Después tuve que viajar miles de kilómetros para encontrarlo en
Milwaukee.
Y seguía igual. Con paz. Con Alegría. Con un acogimiento que le
hacía olvidarse a uno del propio yo y se entregaba
incondicionalmente a él. Recibí entonces muchas pequeñas y
grandes atenciones.*

*De sus manos, De su corazón, De su inteligencia, De su paciencia,
De su AMOR. Y ya se me iba grabando más que eso, me iba
transformando un poco en su hijo. Yo podía usar el nombre Padre.
Y él para mí el de hijo.*

Entonces, así como se puede decir que se es de la misma carne creo que pude decir que era del mismo corazón. Y me sentía feliz, acogido, Comprendido. Seleccionado de muchos. Con un nombre propio.

Hasta que llegó la prueba.

Nuevamente a miles de kilómetros, es Schoenstatt, no me encontré con él, como yo creía y esperaba. No, él se enfrentó conmigo. Y sus ojos, aunque seguían reflejando a Dios, tenían una fuerza que antes no había visto. Y sus palabras eran duras, claras, precisas.

¿Qué paso? ¿Por qué esa firmeza? ¿Por qué esa intimidación con la cual me sentía traspasado? Ya no me daba de comer en la boca, como lo hizo antes, ya no me sonreía, no...

Ahora era un hombre que irradiaba fuerza y potencia.

Sus palabras eran penetrantes y no se desviaban del centro, ¡aunque era donde me dolía! Estaba martillándome sobre la verdad y como un inmenso yunque, destrozaba poco a poco, o violentamente, mi orgullo y mi tenacidad obstinada.

Y de mi no pudo salir ni una frase simpática, amable.

Sólo Sí – No.

Es cierto.

Estoy de acuerdo.

Es verdad.

Pero en sus gestos estaba siempre la misma paz. Y cuando cerraba los ojos, tengo certeza que estaba unido a Dios, conversando con ÉL. Pero NUNCA, me han golpeado tan fuerte y no con violencia o gritos o gestos o puñetazos.

Con la verdad. Y yo casi no lo podía soportar y creer. Hasta que lentamente entendí. A un torrente, A un torbellino. No se le ayuda con la mano suave. Él fue valiente y se arriesgó a trabajar con fuerza y digo más con mucha fuerza en mí. Y generó la vida. Vida que aún está creciendo y afirmándose. Porque era Padre. Y no Mago o mal Milagrero. Y yo lo llamo, con amor mi Padre... Palabras que nunca antes supe cómo se pronunciaban.

Y hoy está en el Cielo. Pero siempre lo estuvo, Muy unido a Dios.

Por eso el mundo no lo turbó y siguió el camino señalado por Dios. Y ahora después de ENFRENTARME con él y conocer su fuerza, entiendo cómo pudo pasar por todas las pruebas sin quebrantarme. Pues era un hombre y plenamente un hombre, como no conozco otro, pero hombre de Dios.

A él le agradezco que me haya mostrado mi Madre de los cielos y que a él pueda llamarlo para siempre PADRE. ¡MI PADRE!”